

CAPÍTULO III

DE LA ORACIÓN FÚNEBRE

I

Idea de la oración fúnebre.

La oración fúnebre es una especie de panegírico sagrado, pronunciado en obsequio de las personas ilustres por sus virtudes, dignidad y esclarecidos hechos, muertas en comunión con la Iglesia.

La religión cristiana, no solamente celebra por boca de sus ministros las glorias de sus escogidos; también de vez en cuando, siguiendo la voz de la naturaleza y santificando los sentimientos del corazón humano, dispensa sus elogios á personas distinguidas, no sólo porque fueron grandes, sino en cuanto cumplieron con los elevados y difíciles deberes á que plugo al Señor destinarlas; ó porque su muerte, contrastando con los honores de que se veían antes rodeadas, sirve de lección á los vivos para que se acostumbren á mirar como vanidad, polvo y nada las grandezas de este mundo. La religión ha consagrado los elogios fúnebres, no para esparcir flores sobre las cenizas de sus servidores, sino para proponer á la imitación de los fieles sus virtudes, enjugar las lágrimas de sus familias y amigos, revelar á los mortales sus destinos y los sublimes designios de la Providencia y presentar á sus hijos las solemnes y aterradoras imágenes de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad.

También los gentiles celebraban la memoria de sus héroes. Pericles y Demóstenes hicieron los elogios de los muertos en Maratón y Platea; Cicerón y Plinio pronunciaron panegíricos de Pompeyo y de Trajano; pero á estos elogios fúnebres faltaba la grandeza que la religión cristiana comunicó á una elocuencia más sublime; faltaba la fe en la resurrección, en la inmortalidad del alma, en la vida futura, en el cielo, en la eternidad; faltaba á los antiguos elogios de Grecia y de Roma paganas el vigor de esa creencia tan consoladora que fortalece al cristiano en las circunstancias más difíciles de la vida. En la Iglesia católica la oración fúnebre es casi un culto, no lo es en lo profano; al elogio junta las lágrimas; á las alabanzas las preces por el descanso eterno de los ilustres finados; ofrece la sangre de Cristo, y hasta la misma oración en que se enlazan grandes merecimientos es un *sacrificio* en forma de sufragio. *Sacrificium laudis* (1).

II

Disposición y estilo de la oración fúnebre.

En cuanto á la estructura de la oración fúnebre, diremos que ha de ser semejante á la de los panegíricos, pudiendo seguirse en ella el mismo orden. Las fuentes son las mismas que señalamos en el género panegírico, pero separando lo que no tenga un sabor cristiano. El texto interesa mucho en estos discursos sagrados: debe ser como un elogio abreviado del héroe, y de tal natu-

(1) Las cartas de consuelo que escribió San Jerónimo, las oraciones fúnebres de San Gregorio Nacianzeno en la muerte de San Basilio, y las de San Ambrosio á la muerte de su hermano Satyro, de Valentiniano y Teodosio, tienen toda la hermosura y elevación que corresponde á la creencia de la inmortalidad.

raleza, á ser posible, que pudiera ponerse en boca del difunto; de modo que se le presentará como pronunciándolo él mismo; así, por ejemplo, estas palabras: *Dies mei sicut umbra declinaverunt: et ego sicut faenum arui* (1), que un célebre predicador puso en boca de una princesa joven, arrebatada por la muerte después de una larga y penosa enfermedad, darían indudablemente mucha energía á su oración.

El *exordio* de la oración fúnebre debe llevar en sí cierta significación de tristeza, y puede tomarse de la descripción del aparato fúnebre ó del triste silencio del auditorio, de lo deleznable de las cosas humanas ó de las circunstancias que acompañaron á la muerte. El *exordio ex abrupto* parece el más á propósito. La *división* podrá estar menos marcada que en el sermón; será bueno que esté contenida en alguna figura ó en el curso de algún período, y que las proposiciones que la contienen la hagan observar sin que el orador tenga necesidad de advertirlo. En la *confirmación* se requiere alabanza, consuelo y exhortación; alabanza del difunto, consuelo de los parientes y amigos, y *exhortación* al auditorio. Esta parte del discurso debe revelar el celo que anima al predicador por la gloria de Dios y bien de las almas. Al llegar al final, el predicador debe remontarse, dar al acento del dolor mayor energía, una tristeza más majestuosa, y descargar sus mayores golpes para dejar en las almas profundas sensaciones de gracia y de salvación, que deben ser el fruto de aquella lúgubre ceremonia. Cierta desorden en estos momentos es oportuno, y las circunstancias de un muerto edificante ó unas pocas palabras del difunto presentadas con rasgos y colores convenientes y una exhortación á la virtud ó una súplica por los difuntos, podrán ser digno remate del discurso (1).

(2) Salmo 106, v. 22.

(1) No nos tocó hablar de los elogios académicos, precioso género que,

En la oración fúnebre no es lo común hacer uso del Ave-María; al final del exordio y á la conclusión de la oración, suele usarse de estas palabras: *Requiescat in pace*.

El estilo debe tener los caracteres de la nobleza, de la elevación y de la fuerza; basta recordar que en ellos se evocan recuerdos los más tristes, imágenes las más sombrías, pensamientos los más sublimes, aunque iluminados siempre por la consoladora luz de la fe y vivificados por el dulce calor de la esperanza, para conocer que les sienta bien un modo de decir grave, lleno de adornos severos y de ese patético religioso, de ese baño de apacible tristeza que es como genial á Bossuet.

bien cultivado, enaltece la memoria de los sabios que fueron el honor de ilustres corporaciones, pero estos elogios, aunque de formas libres, han de ser cristianos, con cuyo sello no lo alcanzarán los malos.

CAPÍTULO IV

DE OTRAS ORACIONES DEL GÉNERO PANEGÍRICO

I

Sermones gratulatorios.

Sermones *gratulatorios* son aquellos en que se manifiesta á alguno la alegría por un feliz acontecimiento.

En esta clase de discursos colocamos los que suelen pronunciarse en las *profesiones religiosas* y en las *misas nuevas*.

El argumento de los discursos de *profesión religiosa* versa principalmente sobre la excelencia del estado religioso, que aleja la facilidad de pecar y establece una unión íntima y celestial entre los religiosos y el Dios á quien se ofrecen. La preciosa virtud de la castidad y el incomparable mérito de la completa renuncia á los bienes del mundo, son también argumentos que con mucha propiedad se desenvuelven en estos discursos (1).

Debe hacerse distinción entre el acto de la toma de hábito y el de la profesión. En el primer caso el orador manifestará la gravedad de la carga que toma el religioso al vestir el hábito; las señales de la vocación y la santa libertad que se requiere para la elección de es-

(1) Estos y otros asuntos parecidos pueden verse admirablemente desarrollados por Bourdaloue, Bossuet y Massillon.

tado. Pero cuando ya el fuego divino ha consagrado la víctima y consumado el sacrificio por la profesión, deben hacerse grandes elogios de la vida religiosa, para hacerla amable, ya que todo yugo que se toma con cariño se lleva de ordinario hasta el fin con facilidad.

Para desenvolver estos asuntos, medite el orador con suma atención, y verá que, dirigiéndose á un coro de criaturas escogidas, le es necesario emplear un estilo lleno de las más puras, dulces y afectuosas flores de la religión, á la par que grande y magnífico como lo es el sacrificio que celebra.

Como estos discursos tienen algo de panegíricos, y como es peligroso alabar á los que marchan á la sombra del estandarte de la cruz, deben ser los elogios implícitos y muy prudentes, no recordando los méritos y las virtudes sino para alentarlos á mayor perfección.

En los sermones que se acostumbran á predicar en las *misas nuevas*, generalmente se trata de la excelencia del sacerdocio y de las ventajas que á la sociedad resultan de la elevación de un hombre á tan alta dignidad. Se desenvuelven esos asuntos de un modo parecido á los de profesión religiosa. En suma, la fuerza de discurso, tanto en los sermones de profesión religiosa y toma de hábito, como en los de misa nueva, deben dirigirse á encomiar la perfección del estado religioso y sacerdotal y á instruir, no sólo á los que profesan, sino al auditorio; á los primeros animándolos al cumplimiento de los deberes que contraen; á los oyentes inspirándoles el desprecio á los bienes falaces y transitorios del mundo, á lo cual se hallan más que nunca dispuestos entonces sus corazones por lo solemne y tierno de la escena que pasa á sus ojos.

II

Sermón eucarístico.

Sermón eucarístico es aquel en que se dan gracias á Dios, ya directa ó ya indirectamente por medio de los santos, por algún beneficio recibido.

Tres son las partes principales de que constan estos discursos: en la primera se manifiesta la alegría por el beneficio recibido, en la segunda se pondera su magnitud, y en la tercera se promete gratitud y reconocimiento.

El *exordio* de estos discursos debe distinguirse por su sencillez y naturalidad, manifestando la gratitud de un corazón reconocido. Este podrá formarse considerando lo extraordinario del beneficio, cuya grandeza apenas podrán expresar las palabras, ó bien confesando la negligencia en dar las debidas gracias después de haberlo recibido.

En la *confirmación* se ha de amplificar y presentar clara y distintamente la grandeza del beneficio y se ha de ensalzar á Dios, de quien proviene, ó á los santos por cuya intercesión fué concedido. El beneficio se amplificará ponderando la calidad del bienhechor y la de los favorecidos, sacando partido de las circunstancias que acompañaron á la dádiva, esto es, si fué concedida apenas se sintió la necesidad ó si no vino el remedio sino después de haberse probado la fe y piedad de los fieles, etc. En la *peroración* deben excitarse los sentimientos de gratitud y reconocimiento, y debe prometerse que no se olvidará jamás tan señalado favor.

Estos discursos han de ser, por lo general, cortos,

afectuosos y vivos, sobre todo si se hacen luego después de obtenido el beneficio, porque entonces los ánimos suelen estar dominados de una afeción vehemente.

A estos pueden reducirse aquellos discursos que se pronuncian por la consecución de una victoria ó cuando se felicita á los fieles por alguna buena obra.

En los primeros de estos discursos el *exordio* debe ser espléndido y lleno de alegría; y es más conveniente el *ex abrupto* que el *templado*. En la *confirmación* se amplificarán las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á la guerra, ponderando el valor de los jefes y soldados, sin omitir un recuerdo para los que murieron en la pelea. En la *peroración* se harán votos á Dios, dador de la victoria y fuente de todo bien.

Cuando se felicita á los fieles se alabarán sus buenas obras, pues nada hay que sea más propio para estimularlos á la práctica del bien; por el contrario, manifestarse indiferente es matar el espíritu. En estas felicitaciones es preciso hablar con el corazón, con el alma, haciendo resaltar en su más alto grado el mérito de la obra que se ha practicado y dando gracias á los que voluntariamente se han asociado á ella en nombre de la religión.